

Concepción Marxista del Hombre

Disertación pronunciada con ocasión de la Escuela de Verano organizada por la filial del Instituto Popular, en Valparaíso.

Clodomiro Almeyda

I

Aunque no siempre de manera explícita y consciente, detrás de las grandes querellas y luchas que agitan a los pueblos, van siempre envueltas diferentes concepciones del hombre, y distintos puntos de vista para apreciar la realidad, más o menos coherentes y racionalizados.

Cabe entonces preguntarse. ¿Qué concepciones del hombre se encuentran comprometidas en el tumultuoso acontecer del mundo contemporáneo? ¿Qué valores y juicios subyacen en el trasfondo ideológico de las contiendas y tensiones que agitan hoy en día a la convivencia humana?

En el complejo mundo contemporáneo subsisten y se entremezclan diferentes formaciones sociales, y dentro de cada una de ellas, coexisten clases con intereses y maneras de concebir la vida, opuestas y contradictorias. Sin embargo, y pese a esta complejidad, es posible distinguir tres tipos básicos de visiones de lo humano, que corresponden también a tres contextos socio-económicos objetivos:

- a.— La concepción tradicional del hombre.
- b.— La concepción moderna del hombre
- c.— La concepción marxista del hombre.

La concepción tradicional del hombre es propia de las antiguas sociedades tradicionales, de características feudales, de sello campesino y ligadas a una época de retraso productivo y científico. en la que el hombre todavía estaba semiesclavizado por la naturaleza, no progresaba sino con extraordinaria lentitud y en la que el mundo, tal como se presentaba, aparecía como el único posible.

Para esa concepción humana, todo estaba dado de antemano. Había un orden social je-

rarquizado, tal como el orden natural, inmutable y eterno. La naturaleza era todavía la realidad determinante de la vida. Los ciclos naturales y los eventos biológicos, todo demostraba la impotencia del hombre frente al mundo. La menguada razón no podía explicar entonces de manera racional el porqué de las cosas. La agricultura era la actividad económica básica y la propiedad raíz, la principal fuente de riqueza, poder y prestigio.

La causa de los fenómenos, que no podía encontrarse aquí en la tierra, se tendía a buscarla en lo sobrenatural; más allá de los sentidos, hay otro mundo que origina y produce lo que aquí no se comprende. Y ese mundo sobrenatural tiene la misma estructura del mundo nuestro: hay allí también una jerarquía de seres, y así como aquí, el rey, el monarca o el jefe domina sobre todos, allá también Dios reina sobre los ángeles, los espíritus, los santos y hasta los demonios, constituyendo ese mundo una ilusión fantasmal, que reproduce en el más allá, la desigualdad, la diferencia y la jerarquía que se advierte en la tierra.

Pero aquí no sólo hay desigualdad, diferencia y jerarquía entre los hombres. Aquí también, y por ello, hay injusticia, dolor y miseria por una parte, y hay riqueza, poder y satisfacción, por otra. Y ese otro mundo sobrenatural sirve para explicar esta amarga realidad. Es ese mundo divino, es Dios quien ha establecido las cosas de esta manera. El orden social y político, por injusto que parezca, tiene el sello divino que lo avala: Pero como ese Dios encarna, por otra parte, la justicia que aquí no se encuentra, El se encarga de llevar a los pobres y a los débiles,

después de la muerte, en la otra vida, a su reino de felicidad eterna. La concepción tradicional del mundo, en su versión judío-cristiana, —que es la que ha primado en Occidente—, ayuda así a mantener el orden social feudal, justificando la pobreza y la explotación, atribuyendo al otro mundo su causa última, —pensemos en el dogma del pecado original—, y tranquilizando a los débiles y desgraciados con la promesa de otra vida, en que verán reparadas las desdichas de que son víctimas en la presente.

La concepción “moderna” del mundo, que también podemos denominar burguesa, se fue gestando en Occidente desde el Renacimiento en adelante, como un proceso paralelo al de la formación del modo capitalista de producción. Para esta visión de lo humano, el centro del mundo no es Dios, esta vida no pende ni depende de otra vida sobrenatural ni está dirigida hacia el más allá. Para la concepción moderna del hombre, es éste el centro de la existencia; aquí hay que realizarse, aquí encuentra el hombre la razón y el objeto de su vida.

Pero esté aquí, este mundo humano, ya no es estático ni fijo para siempre. Para el hombre moderno, este mundo se mueve, los hombres son capaces de cambiar al mundo. Aparecen cosas nuevas, como las que atónito contempló el hombre europeo de la época, cuando los grandes descubrimientos geográficos y astronómicos le abrieron y ensancharon como nunca la perspectiva de su existencia. La sociedad europea fue perdiendo poco a poco su carácter fundamentalmente campesino, surgieron las primeras ciudades mercantiles y luego los grandes talleres que devendrán en primitivas fábricas. Junto con perderse el carácter campesino de la sociedad, se liberaron los siervos de la gleba y aparecen los trabajadores libres que servirán de fuerza de trabajo para el desarrollo del capitalismo.

Para esta concepción del hombre, ya la naturaleza no es impenetrable; se confía en el poder de la razón humana y conforme a ella se desarrollan las ciencias naturales de acuerdo a un modelo racional. Sobre la base del desenvolvimiento de la ciencia, se perfecciona la técnica y aparecen las primeras máquinas promotoras de la próxima Revolución Industrial.

El hombre moderno, —el de los siglos XVII, XVIII y XIX—, dirige su mirada hacia el mundo cambiante y en ascenso en que vive, cree que la razón y la ciencia lo habilitan para sentirse su dueño y para construir, apo-

yado en ellas, una sociedad justa y racional, que supere el oscurantismo y el atraso medievales. Se rompen con el advenimiento de la modernidad, los lazos que ataban al hombre a la Iglesia, a los feudos, a la tierra, a las corporaciones; el hombre se siente libre, pero a la vez solo. Es el individuo aislado, iluminado por la razón universal el verdadero sujeto de la historia, el encargado de construir en esta tierra una nueva y más racional forma de organización social.

Para este pensamiento, el individuo no se opone ni es enemigo de la sociedad. Hay en el fondo una perfecta armonía entre individuo y sociedad, que se pone de manifiesto cuando del libre ejercicio de los derechos innatos y naturales del individuo, surge como su resultado, el progreso social. Traducido este concepto al plano económico, el pensamiento liberal afirma que de la libre competencia de los individuos en el mercado se obtiene como consecuencia el bienestar general. El bien de la sociedad es producto indirecto de los derechos del hombre, ejercitados libremente por los individuos en función de sus intereses particulares.

Al pesimismo propio de la concepción tradicional del hombre, se opone ahora la concepción optimista de la vida de la burguesía en su etapa ascendente. Se inaugura una carrera por la felicidad individual a través de la posesión de la riqueza. El interés privado y el afán de lucro, se convierten en esta forma, en el motor de la historia y del progreso humanos.

Bien sabemos que esta imagen del hombre, fue una mera ilusión. Sirvió de arma ideológica para que la burguesía derribara el viejo orden feudal y construyera sobre sus ruinas a la sociedad burguesa, liberal, racionalista e individualista. Pero sus resultados prácticos, lejos de llevar a la paz y el indefinido y general progreso de los hombres, condujeron a la sociedad ante nuevos problemas, la enfrentaron ante inéditas crisis, que el individualismo racionalista y liberal fue incapaz de comprender y, por lo mismo, impotente para resolver.

El mundo burgués, ya a mediados del siglo pasado, evidencia los signos de sus limitaciones y contradicciones internas. Sus aspectos negativos salen a la luz del día y plantean al hombre toda una nueva problemática. Fue entonces cuando el genio singular de Marx, toma conciencia real y no ilusoria de la verdadera realidad que subyace en el trasfondo del expansivo capitalismo, impresionado por sus primeras crisis y por la aparición del pro-

letariado, como clase explotada y marginada de la sociedad, que se va amasando con su esfuerzo y su trabajo.

Mientras la generalidad de los pensadores de la época comulgaban todavía con la imagen individualista del hombre e intentaban resolver dentro del marco de dicha concepción las cuestiones planteadas por la Revolución Industrial, Marx y Engels, desafiando a las corrientes ideológicas imperantes, se dieron a la tarea de analizar y descubrir cuál era el mecanismo real que explicaba el funcionamiento del nuevo sistema económico, provistos como instrumento de penetración teórica, de una razón, —no ya abstracta y metafísica como la que usaron los escolásticos y modernistas por igual—, sino viva y concreta, la razón dialéctica, que dejó como herencia el más profundo de los filósofos clásicos alemanes Jorge Guillermo Federico Hegel.

Para interpretar el mundo tumultuoso en que vivía, Marx adoptó un punto de vista original. Quiso comprenderlo no a través de la forma como los hombres lo entendían mediante sus estructuras conceptuales, sino tal como era ese mundo en sí, en su raíz esencial, dejando de lado la forma ilusoria como el pensamiento corriente pretendía captarlo. Y procedió así, porque de acuerdo a su manera de ver las cosas, los distintos enfoques de la realidad, junto con aprehender en algún sentido su naturaleza, también la deforman en la medida que los distintos esquemas conceptuales responden a visiones parciales de los hechos, a puntos de vista subjetivos y, por ende, limitados.

De ese análisis magistral con que inicia su examen crítico del mundo moderno estudiando al más simple y natural de los fenómenos, la mercancía, Marx va poco a poco desentrañando la verdadera naturaleza de las relaciones que vinculan en el capitalismo a los hombres entre sí y con el mundo de las cosas. Progresivamente se va desprendiendo de las páginas de "El Capital" una imagen nueva y distinta del universo social, una distinta concepción del hombre, captada en su raíz misma, inferida de la forma como los hombres viven, producen, intercambian la riqueza producida y la consumen, de la forma como en este proceso productor se relacionan objetivamente con la naturaleza y con los demás hombres. Ha nacido el materialismo histórico. Para Marx, no es la conciencia de los hombres la que hace su existencia, sino que es su existencia la que condiciona su conciencia. El pensamiento es función de la vida so-

cial, y no a la inversa, como tradicionalmente lo consideraba el idealismo.

Para esta concepción del hombre, éste no es un ente fijo y estático, hecho de una vez y para siempre a imagen y semejanza de Dios, proyectado para realizarse en el más allá y ubicado en el concierto jerárquico de los seres en un puesto determinado, como lo concebía la tradición del mundo judío-cristiano. Tampoco es el hombre un individuo aislado, provisto de una razón eterna y todopoderosa, con intereses armónicos a los de la sociedad, que junto con desenvolver su actividad terrena en pos del lucro y la riqueza, consigue por añadidura el bienestar universal. Ni el pesimismo tradicional, ni el fácil optimismo de la modernidad burguesa.

El marxismo recoge el aspecto terreno de la concepción burguesa. El hombre está hecho para esta vida, para dominarla y realizarse en ella. Pero ese dominio y esa realización no se logran individualmente a través de la libre competencia económica entre burgueses, sino, comunitariamente por la sociedad toda y en virtud de un esfuerzo colectivo para aprovecharse del poderío y de la riqueza engendrados por el capitalismo, poniendo a ese poderío y esa riqueza al servicio de la plena realización de la existencia humana.

La realización humana no surge en forma fácil de la lucha de los individuos entre sí por la riqueza y el poder. La historia, ya en la época de Marx, demostraba que esa libre competencia traía consigo junto a la riqueza y al bienestar de los menos, la proletarización y la infelicidad para los más. Ya en esos tiempos las crisis de sobreproducción demostraban que no había tal armonía entre el interés del individuo y el interés de la comunidad. Decenios después, en la era del imperialismo, de las guerras mundiales, de las grandes crisis económicas y de la explotación colonialista, esta desarmonía interna del capitalismo, esta anarquía en su sistema se vio mucho más acentuada y desapareció para siempre la ingenua fe en la razón burguesa y en la infalibilidad de las leyes del mercado para poder generar la felicidad humana.

La realización del hombre va a surgir ahora de la lucha entre el mundo burgués y el nuevo mundo que se engendra en su seno, que nace de sus contradicciones, que se alimenta de sus frutos, pero que los dispone y organiza en otro tipo de convivencia social, en la cual el resultado del esfuerzo humano de miles de generaciones se orienta racionalmente para servir a toda la comunidad.

Y en esta lucha, —encabezada por quienes

son víctimas del orden burgués y agentes de su transformación, los proletarios desposeídos, deshumanizados—, la clase obrera se inspira en una concepción del hombre, que poco a poco va realizando en la medida que combate y destruye al capitalismo y edifica la sociedad socialista, primero, y el comunismo, después.

Resumamos los aspectos básicos de esta imagen del hombre que Marx descubrió mediante su penetrante análisis de la estructura de la sociedad capitalista.

El hombre es un ser natural, forma parte de la naturaleza y hunde sus raíces en ella. Es un ser biológico, sometido a las leyes de la vida. Pero es más que un simple animal, es algo distinto a un mero ser viviente. Se distingue de los animales porque piensa, porque crea y por muchos otros rasgos de suyo evidentes, pero comienza a distinguirse efectivamente de los animales en cuanto se relaciona con la naturaleza de un modo absolutamente nuevo, en cuanto se relaciona con ella extrayendo de su seno los elementos naturales y modificándolos después, para hacer de ellos sus medios de existencia, vale decir, sus instrumentos. El hombre no se dirige hacia la satisfacción inmediata de la necesidad en un acto simple que la colme. El hombre intercala entre sus necesidades y el acto de satisfacerlas, toda una nueva serie de actos: construye instrumentos, fabrica herramientas, se asocia con otros hombres para dominar a las fuerzas naturales; el hombre, en otras palabras, usa una técnica o, más sencillamente, el hombre trabaja. Es el trabajo, lo humano por excelencia; es el trabajo quien hace al hombre, hombre; es el trabajo lo que diferencia lo humano de lo meramente animal; es el trabajo lo que confiere al acontecer humano ese específico dinamismo de su transcurso, que lo convierte en un ser histórico, siempre nuevo y distinto, siempre otro, siempre más rico en potencialidad y perspectivas.

Y así es, porque al trabajar, al modificar a la naturaleza para satisfacer sus necesidades, el hombre se modifica a sí mismo.

Cuando se crea una herramienta, no sólo cambia la relación entre hombre y naturaleza, también ese hombre se hace distinto y así como la naturaleza se altera con su acción, así mismo el hombre es ya otro, desde que al elevar su nivel de potencia sobre el mundo con el uso de la nueva herramienta, surgen en él nuevas necesidades y se originan nuevos problemas, que a su vez exigen que conciba y fabrique nuevas técnicas, para hacer frente a las inéditas cuestiones que su pro-

pio desarrollo le va planteando incesantemente. Pero no sólo explica el proceso del trabajo la historicidad y el dinamismo del acontecer humano. También el trabajo es la fuente de la racionalidad humana, la causa última de su condición espiritual.

Porque el pensar conceptual nace también como una exigencia del proceso de transformación del mundo para satisfacer las necesidades humanas, devenidas en intereses. Al separar de la naturaleza al más insignificante madero para convertirlo en instrumento, el hombre ya está abstrayendo, ya está separando mentalmente en el objeto una cualidad suya que es la que determina su utilidad como instrumento. En otras palabras, ya está conceptualizando y de ese hecho simple, emerge la raíz del proceso de elaboración conceptual, que se va desarrollando paralelamente al desenvolvimiento de la técnica y del lenguaje. El pensar humano no es, pues, para el Marxismo, ni un don divino, ni una entidad metafísica puesta en él por quien sabe quién, para conocer y dominar de una vez por todas al universo, como lo creían los racionalistas.

La razón humana tiene humildes orígenes, pero poco a poco se va ensanchando y profundizando en la medida en que se ensancha y profundiza el poderío del hombre, vale decir, en la medida en que se desarrolla la técnica y se perfecciona el mecanismo del trabajo social. Y decimos trabajo social, porque el hombre, al mismo tiempo que va modificando a la naturaleza, se va asociando con sus semejantes para acometer empresas que los interesan conjuntamente. Al antagonismo esencial de los individuos animales, se va superponiendo la cooperación social como medio de defenderse y de dominar las fuerzas naturales. Y al ser el lenguaje un producto de esta forma de interrelación humana, a la vez que un recurso esencial para el desarrollo del pensar conceptual y de la racionalidad, se reafirma a través suyo el carácter social de la existencia humana y la raíz social de la racionalidad y del espíritu.

Pero siendo el trabajo la raíz y fuente de lo humano, la razón de su poderío y de su riqueza; siendo el trabajo lo que espiritualiza al hombre y lo coloca en el rango supremo de lo existente, ocurre que ese mismo trabajo, siguiendo la dialéctica inmanente de la vida, es al mismo tiempo causa de la pobreza, de la impotencia, de la ignorancia, del dolor y de la injusticia. Pero de un dolor y de una injusticia que no están perdidas, ni se van a reparar en otra vida sino que van a crear en

último término las condiciones para la definitiva realización del hombre.

Desde el momento en que el hombre merced al progresivo desarrollo de su técnica instrumental, llega a ser capaz de producir más de lo que consume, irrumpe en él, el ingrediente animal que contiene en su interior, y la inmisericorde lucha por la vida que caracteriza la convivencia biológica de los animales, se va a expresar ahora en otro nivel. Aquí ya el pez grande no se come al más chico, sino que el más poderoso, el más fuerte, explota al más débil. Aparece así la división de la sociedad en clases. Ya no conviene matar ni destruir a los derrotados, pues éstos, convertidos ahora en prisioneros de sus vencedores, son capaces con su trabajo de mantenerse a sí mismos y de producir un excedente de riqueza todavía, en provecho de sus amos. Desde este momento, desaparece la cooperación social propia de la sociedad primitiva, lo que Marx llamó el comunismo primitivo y, en su lugar, hacen su aparición en la historia la explotación del trabajo y las sociedades de clases.

Y ocurre la gran paradoja de la historia. Ahora quienes trabajan van a ser explotados, van a sufrir, van a vivir una vida inhumana siendo que son los que realizan el acto humano por excelencia. Y los que no trabajan van a ser los que gozan y aprovechan del fruto del trabajo y del dolor humanos. Trabajo y dolor van a estar unidos en la historia por todo el periodo en que dure la división de la sociedad en clases.

El Trabajo crea la riqueza, genera el poder, produce la razón y engendra el espíritu. Pero en las sociedades clasistas la razón va a ser patrimonio de los explotadores: ellos van a ser los sabios y los filósofos, desde las sociedades esclavistas que generaron a un Platón y a un Aristóteles, hasta las sociedades modernas, donde las universidades reciben a los hijos de los ricos, mientras los jóvenes proletarios no tienen otro destino que seguir el muy triste de sus padres, alejados del saber que el trabajo social ha producido con el esfuerzo de miles de generaciones de explotados.

Y el espíritu también es monopolizado por los explotadores. Suyo es el arte. Las masas de trabajadores apenas lo producen y escasamente lo gozan. Desde Fidias hasta Picaso, el arte es patrimonio de los ricos.

Y también la riqueza que producen los pobres es para los ricos: las casas y los palacios que construyen los más, son para los me-

nos; los lujos que producen los más son también para los menos.

Y también el poder sigue la misma ley dialéctica en las sociedades de clases. El poder también es monopolizado por los ricos. La fuerza se coloca a disposición de los poderosos a través del Estado y del derecho que ellos utilizan para mantener y garantizar el orden social que los favorece. Los pobres son más, tienen más fuerza física. Pero ese poder suyo y esas fuerzas, se los apoderan los ricos a través de los ejércitos y de los aparatos represivos de que se sirven en su provecho.

En resumen, y usando la terminología marxista, el trabajador y el trabajo se han alienado. Se han vuelto otros. Lo que nació como fuente de riqueza, de espíritu, de razón y de poder para la humanidad, se ha convertido en fuente de ignorancia, de pobreza y de impotencia para quienes los realizan, los trabajadores.

Estamos en el nudo de la teoría marxista de la alienación, indiscutiblemente el más lúcido aporte del espíritu para la comprensión del hombre, que coloca a Carlos Marx en el máximo sitio dentro de los gigantes del pensamiento humano.

Marx analiza en detalle el proceso de la alienación del trabajo, en la forma en que se manifiesta en la sociedad capitalista. Allí pone en evidencia cómo en este tipo de sociedad, los bienes creados por el hombre en un contexto social trabado por la división del trabajo, o sea las mercancías, no se producen ni se cambian en virtud de las propiedades objetivas que tienen para satisfacer las necesidades humanas, sino por su valor de cambio. Han sido creadas por el trabajo, pero no para los trabajadores, sino para ser utilizadas por el mercado. Y el mercado es nadie. Es una fuerza impersonal e inhumana, pero que lo domina todo. Se trabaja por y para el mercado, no para el hombre. Y el producto del trabajo, no pertenece al trabajador, se le aliena también. No sirve para satisfacer necesidades sino para engendrar ganancias, para engendrar capital, para crear más riqueza abstracta expresada en dinero, no para crear bienestar humano traducido en felicidad concreta.

La sociedad capitalista se desarrolla en función de la riqueza abstracta del dinero. El hombre se olvida que vive para ser, y sólo aspira a tener, se convierte en esclavo del dinero. Actúa como "homo oeconomicus", como simple agente de un gigantesco e impersonal proceso de desarrollo del capital en permanente expansión.

Y al mercado y al capital, a las mercancías y a las cosas, no las maneja nadie. Se manejan solas en virtud de leyes objetivas e impersonales. El mundo creado por el hombre escapa a su control. Sobrevienen las alzas y bajas de precios, las crisis de sobreproducción, la cesantía, las hambrunas en medio de la abundancia, y el hombre dueño de una técnica cada vez más poderosa, es impotente para dominar el macromundo económico. Es la teoría marxista del fetichismo de la mercancía, una de las derivaciones de la teoría de la alienación del trabajo.

El individuo racional, el burgués optimista, que creía que tenía al mundo en su mano y a la razón a su disposición para poner orden en un universo irracional, se ve de improviso convertido, también él, en esclavo de su creatura, del mercado ciego y todopoderoso.

Pero ya hemos insinuado que con la explotación del hombre por el hombre, no se aliena sólo el trabajador y el producto de su trabajo. También se van a alienar las ideas. Y éstas, que nacen como instrumento de dominio sobre la naturaleza, se utilizan como expediente para justificar la miseria de los explotados y para explicar la irresponsabilidad de los explotadores. La razón que no se encuentra aquí, se transfiere a un Ser que es Razón pura: la injusticia de la tierra, se trueca en la Justicia del cielo; la infelicidad de la tierra engendra la creencia en la felicidad en el cielo. Las ideas y los valores, productos en último término del trabajo, ya tampoco —como las mercancías—, pertenecen al hombre, sino son atributos de Dios. Dios es todo lo que nosotros no somos. Dios y la religión son el producto de la alienación ideológica del hombre generado en las sociedades clasistas, como derivado de la alienación de su vida concreta, de su trabajo social.

Y luego la alienación política. La subsistencia de las sociedades de clases no sólo necesitan de una justificación ideológica, de un Dios que las explique y las sostenga como última razón de todo. También, y principalmente, necesitan de la fuerza física para mantenerse. El poderío humano engendrado por el trabajo se separa de quienes lo detentan primigeniamente y de quienes lo producen: también se hace ajeno al trabajador y se sustancializa en una institución abstracta que monopoliza el uso de la violencia: el Estado. Allí se concentra todo el poderío humano, pero no puesto al servicio de los más, sino de los menos, no al servicio de quienes producen la fuerza, sino de quienes la usan.

En resumen, tenemos que en las sociedades

clasistas, el hombre se aliena en múltiples sentidos: la riqueza producida por el trabajo humano no engendra felicidad, sino dinero; la razón y la ciencia no engendran comprensión del mundo y la sociedad, sino a Dios; la fuerza de los hombres no engendra poder y dominio sobre la sociedad, sino al Estado opresor.

Pero para el marxismo la historia tiene sentido. Las sociedades clasistas han originado miserias e ignorancia para los trabajadores, han generado grandes fetiches como el dinero, el Capital, Dios y el Estado. Pero a través del Dinero y el Capital, y de la explotación del trabajo que los ha generado, se ha incrementado extraordinariamente la riqueza; a través del idealismo se ha desarrollado la razón; a través del Estado, ha crecido el poderío de las sociedades humanas. Se han creado dialécticamente en esa forma, las condiciones para la realización del hombre. Su emancipación se define, en consecuencia, marxistamente, como la reivindicación por el hombre mismo, de la riqueza, de la razón y del poderío del hombre, engendrados por el trabajo social y la explotación del trabajador, y que se le habían alienado, con el fin de colocarlos al servicio de la comunidad toda.

Este proceso de reivindicación de lo humano por el hombre, de apropiación por el hombre de lo que ha ido creando laboriosamente a través de las sociedades clasistas mediante la explotación del trabajo, se realiza con la revolución socialista, la construcción del socialismo y el advenimiento ulterior de la sociedad comunista.

Al socializar el capital, o sea los medios sociales de producción, se suprime la explotación del hombre por el hombre y se colocan las fuerzas productivas de la sociedad, por vez primera, conscientemente, al servicio de la satisfacción de las necesidades humanas.

Filosóficamente, esto envuelve terminar con el dominio del producto sobre el productor, convertir al hombre en señor de su creatura, subvertir el orden inhumano del capitalismo que subordina el hombre al mercado, para colocar al aparato productivo a disposición de su destinatario natural: el hombre mismo.

Este proceso significa también suprimir la alienación del producto del productor. Lo que colectivamente se produce por la industria moderna pasa a ser también propiedad colectiva de la sociedad toda. Ya el trabajo no engendra pobreza para el obrero y riqueza para el capitalista, sino su producto va a ser utilizado integralmente por la sociedad en beneficio suyo. Desaparece la explotación del

trabajo humano y la plusvalía como fuente de lucro privado.

Pero el proceso de transformación social va más allá todavía. El trabajo mismo, en la medida que se desarrolla el socialismo y se aproxima la organización comunitaria de la sociedad, va dejando progresivamente de ser considerado como una carga y un sacrificio. La organización del trabajo voluntario y la remuneración de la actividad humana cada vez más en función de las necesidades, independizándolos de la cantidad y calidad del trabajo organizado, —proceso que ya se insinúa en los países socialistas—, prefigura el momento avizorado por Engels, en que el trabajo se convierte en la primera necesidad de la existencia, aliviado ya de sus aspectos más pesados y duros, por el desarrollo creciente de la técnica y de la automatización y la disminución de la jornada laboral.

La división entre el trabajo intelectual y el manual, herencia también de las alienaciones producidas en las sociedades clasistas, va también superándose en el transcurso de la edificación del socialismo y del comunismo, enriqueciendo e integrando positivamente al hombre. Ya no se valora al uno más que al otro; ya nadie puede sentirse sabio sin vivir concretamente la existencia común, y ningún obrero puede serlo eficazmente si no va dominando las técnicas científicas y utilizando los bienes culturales generados por la sociedad. El extraordinario desenvolvimiento del sistema educacional en los países socialistas y el estímulo a la recreación, a las actividades artísticas y a la cultura física que allí se observa, nos habla ya de la realización concreta de este decisivo paso en el proceso de integración del hombre, que importa la desaparición de la diferencia entre trabajo teórico y actividad práctica.

El reencuentro del hombre con su actividad esencial, el trabajo, en un nivel productivo superior, que condiciona la satisfacción básica de las necesidades humanas en una organización comunitaria de la sociedad, trae consigo también la conquista de la verdadera y auténtica libertad. El hombre es esclavo y está determinado en la medida que no es dueño de sí y no sabe dirigir ni puede controlar los procesos sociales. Pero con el advenimiento del socialismo y del comunismo y la consiguiente utilización de la técnica fundada en la ciencia para dominar la naturaleza y la sociedad, el hombre se hace más libre, no por creerlo subjetivamente así, sino porque objetivamente escapa cada vez más al imperio de la necesidad ciega, en la medida

que la conoce y la doblega para someterla a sus designios.

Es el tránsito del reino de la necesidad al reino de la libertad, de que hablaban los clásicos.

La contradicción permanente que existe en las sociedades clasistas entre el interés individual, que aparece contrapuesto al interés social inmediato, y que opone sin cesar al hombre concreto a la humanidad, se va pues, superando en la medida que adviene la sociedad comunista. Ya lo que conviene a alguien no va a perjudicar a otros, ya lo que beneficia a unos no va en detrimento del prójimo. Mientras esa contradicción subsista, mientras la sociedad esté construida de tal manera que lo que a mí me agrada, o satisface, tiene como contrapartida el desagrado o la insatisfacción del otro; mientras esta situación se mantenga, de poco o nada valdrán las admoniciones en pro del amor entre los hombres o los patéticos llamados a la solidaridad humana. Porque en las sociedades clasistas es la vida misma la que nos hace a los unos enemigos de los otros y frente a este hecho, macizo y porfiado, nada puede la buena voluntad. La fraternidad humana verdadera no es, entonces, un signo que acompaña al hombre desde su nacimiento y que un pecado original ha desvanecido. La fraternidad humana se conquista, como todos los valores, en la medida en que la práctica social, en la medida que la historia, con sus luchas y desgarramientos, vaya suprimiendo las bases materiales que oponen unos hombres a otros, y vaya creando nuevas condiciones objetivas capaces de disponer al individuo dentro del conjunto de manera tal, que su interés coincida con el de la comunidad, que sus metas y propósitos armonicen con el del conjunto social.

La lucha por la construcción del socialismo y la edificación posterior de la sociedad comunista, importan, pues, una tensión y una búsqueda de la auténtica convivencia interhumana, en la que desaparecen entre los hombres los rasgos que los oponen y enemistan. Desde el momento en que estos conflictos y oposiciones se van extinguiendo, desde ese momento, queda ya establecida una base social objetiva que permite el despliegue integral de la tendencia natural del hombre a vivir plenamente, pero ahora en armonía con su prójimo, porque su felicidad no es ya condicionada por el pesar ajeno sino será un supuesto de semejante felicidad en los demás.

En las sociedades de clases también impera la injusticia y la desigualdad. Si por

Justicia entendemos lo que ya en la antigüedad se definió como permanente aspiración humana para que cada hombre reciba lo que es suyo, vale decir lo que merece, lo que le corresponde, —si eso es la Justicia—, ella no advendrá plenamente a la historia sino cuando cada cual reciba de la comunidad lo que su propio ser individual y social necesita y requiere. O sea, cuando se cumpla el principio en que se fundamenta la sociedad comunista, “de cada cual según su trabajo, a cada cual según sus necesidades”. Este principio de organización social conlleva la realización de la Justicia. Pero como todo en el mundo, la Justicia tampoco está dada, ni ha sido destruida de la historia por la culpa y el pecado del hombre.

La Justicia y la ambición por conquistarla emergen de la injusticia concreta y real que ha vivido el hombre mismo. En las sociedades de clases, el sentido de la Justicia aparece primero disfrazado. En estas sociedades basadas en la propiedad privada, lo que es suyo para el hombre, lo que a éste le corresponde, es la propiedad tal cual se la asigna el orden social. Es justo entonces que la autoridad le devuelva al rico la propiedad que le sobra y se la quite al pobre que la necesita, porque lo que es suyo para el hombre no es su derecho a la vida plena, sino los bienes y la riqueza que le asigna un derecho objetivo e impersonal, que no emana de las exigencias de humanidad del individuo, sino del interés de clase de quienes en las distintas épocas humanas han acaparado el monopolio de la riqueza, valor abstracto en el que se sume y se disuelve la posibilidad de la felicidad concreta.

Pero no es fácil llegar al momento en que a cada uno le será dado lo que necesita. Ello implica y supone que el hombre haya logrado crear los suficientes bienes como para colmar las apetencias de bienestar humano. Por ello, sólo la sociedad enriquecida por el trabajo puede ser integralmente justa, sólo en una sociedad capaz de producir bienestar, cabe imaginar la auténtica realización de la justicia. Ya el joven Marx lo había dicho “el desarrollo de las fuerzas productivas es prácticamente la condición primera absolutamente necesaria del comunismo, porque sin él se socializaría la indigencia y la indigencia haría renovar la lucha por lo necesario y en consecuencia resucitar el antiguo farrago...”

Y tanto es así, que para Marx, durante el período inferior del comunismo, también llamado sociedad socialista, en que ya se han socializado los bienes de producción, pero en

que todavía es insuficiente el desarrollo de las fuerzas productivas y la pobreza aún acompaña a la existencia social, durante esta etapa socialista, no puede imperar el principio comunitario y es menester que rija la máxima de la repartición de la riqueza, llamada socialista, en cuya virtud, de cada hombre se recibe según su trabajo y a cada cual se le da según la calidad y cantidad del trabajo efectuado.

Esa norma socialista de repartición es más justa que la que impera en una sociedad clasista, porque el hombre recibe no en proporción a los bienes que posee, sino en proporción al trabajo que realiza. Y porque su trabajo es más suyo, expresa mejor su ser concreto, que los bienes, cuya propiedad le reconoce el sistema jurídico vigente. Pero todavía esa norma no realiza la plena y cabal justicia, porque lo que el hombre recibe no emana de lo que el hombre es, sino de una norma externa, objetiva e impersonal que determina cierta remuneración para todos los que trabajan en la misma condición, haciendo abstracción de la individualidad específica de su ser.

La norma socialista de repartición es más justa que el sistema clasista de repartir la riqueza, pero aún no permite que lo auténticamente suyo, lo que el hombre necesita para realizarse plenamente, le sea otorgado por la comunidad social.

Con la Justicia implícita en el sistema de repartición propio de la sociedad comunista, se conquista la igualdad, otro valor siempre apetecido, pero siempre frustrado en las sociedades clasistas. Pero la igualdad que se impone con la verdadera Justicia, no es la igualdad abstracta que nivela y uniformiza a todos los hombres y les aplica a hombres distintos el mismo rasero, y la misma norma, sino la igualdad concreta que le otorga a todos por igual, las cosas distintas que cada uno requiere según su peculiar naturaleza.

La igualdad a la que se llega no aplanar y monotoniza la existencia humana, sino, por el contrario, destaca y realza lo que a cada hombre caracteriza, otorgándole a cada cual lo que su ser individual requiere para insertarse constructivamente con su peculiar actividad en el conjunto social.

Nada más falso, pues, que imputar al marxismo la pretensión de suprimir la individualidad mediante la realización de un igualitarismo abstracto, y por ende inhumano e injusto.

En el proceso de construcción del socialis-

mo y el comunismo, por el contrario, se va configurando una textura social que paulatinamente le dispensa al hombre en el seno de la sociedad, un status cada vez más ajustado a su ser individual, concreto y Real, aspirando siempre a que el hombre viva más según como él es, y no según lo que tiene o lo que posee, o lo que le asigna una norma externa y abstracta.

Todos los grandes valores que han presidido como entidades abstractas y ajenas la historia del hombre, emergidos precisamente de la conciencia de su ausencia o frustración y realizados de manera falseada y unilateral durante las sociedades clasistas, todos esos valores, dejan de ser tales entidades abstractas, ajenas y falseadas en la medida que se realiza el socialismo y el comunismo. Devendrán entonces, merced a la práctica concreta de la lucha de los pueblos, en cualidades del hombre real. Los valores abandonarán su puesto en el mundo de los ideales, en los cielos, y en los sueños, para

encarnarse en la historia, hacerse cuerpo y sangre del hombre y elevar su espíritu a la dignidad de supremo bien de la existencia.

Se presenta de esta manera configurada la concepción marxista del hombre. Aparece éste como un producto social con raíces en la naturaleza, que se va desarrollando a través de profundas contradicciones que lo niegan en su humanidad, al mismo tiempo que lo van enriqueciendo virtualmente en su contenido, hasta el momento en que la revolución socialista, profundizada en el comunismo, le reintegra al ser humano el producto de su trabajo alienado y lo convierte, realmente, como ser genérico e inserto en la comunidad, en verdadero y real señor de la existencia. Entonces, como lo señala Federico Engels, el libre desarrollo de todos llegará a ser la condición del libre desarrollo de cada cual.

(En el próximo número de "Arauco" se dará término a este trabajo).

NOVEDAD

EDICIONES PRESENTE, URUGUAY

FRANCISCO JULIAO.— "Escucha Campesino" (E° 1,60.— 78 pp.)

EN VENTA EN: **LIBRERIA LATINOAMERICANA**
SAN MARTIN 136

SALA PLA
ESTADO 360 - 3.er PISO - Of. 6